

APRENDIENDO DE LOBOS¹

Lucas 6, 27-38

Yo os digo a vosotros que me escucháis:

*Amad a vuestros **enemigos**; haced el bien a los que os odian; bendecid a los que os **maldicen**; orad por los que os **calumnian**. Al que **te abofetea** en una mejilla, ofrécele también **la otra**; a quien **te quita** el manto, dale también la túnica. Da a quien te pida, y no reclames a quien **te roba** lo tuyo.*

***Tratad a los hombres como queréis que ellos os traten** a vosotros. Si amáis a los que os aman, ¿qué mérito tendréis? También los pecadores aman a quienes los aman. Y si hacéis el bien a los que os lo hacen, ¿qué mérito tendréis? Los pecadores también lo hacen. Y si prestáis a aquellos de quienes esperáis recibir, ¿qué mérito tendréis? También los pecadores prestan a los pecadores para recibir de ellos otro tanto.*

*Pero vosotros **amad** a vuestros **enemigos**, haced el bien y prestad sin esperar remuneración; así será grande vuestra recompensa y seréis **hijos del altísimo**, porque él es bueno con los desagradecidos y con los malvados.*

*Sed misericordiosos, **como vuestro Padre** es misericordioso. No juzguéis y no seréis juzgados; no condenéis y no seréis condenados. Perdonad y seréis perdonados. Dad y se os dará; se os dará una buena medida, apretada, rellena, rebosante; porque con la medida con que midáis seréis medidos vosotros".*

Amigos y amigas:

Este texto de Lucas desgrana algunos de los rasgos propios de lo que Jesús llama **Reino de Dios**: una configuración social radicalmente nueva con leyes que son a menudo antídoto de lo que es usual entre nosotros. Cuando Jesús decía *Vosotros no sois de este mundo*, entendía por **mundo** el estatuto moral de la sociedad pagana, las leyes que rigen a los de **este mundo**. En él hay a veces modelos considerados ejemplares. El **Reino** es muy otra cosa. Para Jesús solo Dios es **ejemplo**. Y los hijos del Reino buscan **parecerse** a su Padre del cielo. Naturalmente, aquí hay toda una empresa por delante y se requiere mucha pedagogía y gran perseverancia. Se trata de un seguimiento, de un camino largo que nos lleve a la meta. Se requiere la fe que mueve montañas.

La otra mejilla

Jesús decía: *Sed perfectos como vuestro Padre del cielo es perfecto*². He aquí una de las perfecciones, uno de los parecidos del hijo del Reino con el Padre. En el evangelio de este domingo se lee: *Al que te pegue en una mejilla,*

¹ Domingo 6º Tiempo Ordinario – Ciclo C 2019

² Mateo 5, 48

preséntale la otra. Saber que somos de **buena familia**, que tenemos por padre al **Padre** del cielo, sería la más alta motivación para no comportarnos como “animales”, como procedentes de la familia de la escala animal, que también es nuestra familia. Con ello nos asemejaríamos a **Jesús**, nuestro **Hermano** Mayor, que no contestó a la violencia con la violencia – aunque podía haber contado con legiones de ángeles con espadas para hacer frente a los desalmados que le hacían violencia³ -. Sólo ofreció su humilde dignidad a los que lo herían. Al ver a Jesús comportarse de esa manera, vemos al Padre, a nuestro Padre del cielo. Y vemos de dónde venimos. Y eso por encima de todo puede movernos a la *no violencia*.

Pero del otro lado, de nuestra familia de abajo, de nuestros hermanos los **animales**, tal vez podemos también aprender impulsos de no violencia. He aquí en una larga cita lo que piensa a este respecto un científico, *Konrad Lorenz*, premio Nobel de Medicina, etólogo, especialista en el conocimiento de la conducta de los animales. Lorenz describe un combate entre lobos – un lobo mayor y fuerte contra un lobo joven y menos fuerte - en un zoológico de Londres, donde vive una manada de lobos en condiciones casi salvajes. La pelea se decanta a favor de uno de los lobos – el más fuerte ha arrinconado contra la valla al más joven - y cuando parece que va a rematar su lucha con un ataque de muerte contra el lobo menor, se produce una situación inesperada.

“Observando atentamente la posición de las dos fieras, se veía que el hocico del lobo mayor tocaba el cuello del más joven, el cual mantenía su cabeza apartada, como ofreciendo a su enemigo la curvatura del cuello, la parte más vulnerable de su cuerpo. A menos de 3 cm. de la tensa piel de su cuello curvado, allí donde las grandes venas pasan bajo la piel, los caninos de su rival brillaban bajo el belfo malévolamente levantado.

Mientras que unos momentos antes, durante el combate, el esfuerzo de ambos contendientes se dirigía a ofrecer los dientes a los bocados del otro, es decir, la parte más invulnerable del cuerpo, procurando guardar al propio tiempo el cuello, ahora se tenía la impresión de que el vencido ofrecía intencionadamente aquella parte del cuerpo donde una dentellada sería mortal. Y no sólo lo parecía, sino que efectivamente era así, por asombroso que pudiera parecer.

Como ya hemos dicho, la misma escena puede presenciarse siempre y en todas partes, representada por perros callejeros. Elegí como ejemplo los lobos, simplemente, porque en el animal salvaje que ha sido considerado como símbolo de la crueldad, este comportamiento es más impresionante y convincente que en el animal doméstico, con el que estamos familiarizados...

En el caso de los dos lobos en lucha se tiene la impresión de que, de

³ Mateo 26, 53.

un momento a otro, el vencedor va a dar una dentellada para desgarrar la carótida del vencido. Pero el perro o el lobo nunca muerden en esta situación, y no porque no lo deseen, sino, simplemente, porque no pueden. Un perro o un lobo que ofrece al contrario el cuello en la forma descrita, jamás es mordido gravemente... Sea como fuere, esta curiosa inhibición de morder al enemigo sólo dura mientras éste conserva su actitud sumisa, puesto que el adoptar semejante actitud detiene súbitamente la pelea...

*De ello tenemos mucho que aprender los hombres. Por lo menos yo he encontrado aquí una nueva y más profunda comprensión de una máxima evangélica maravillosamente bella y frecuentemente mal interpretada, que hasta entonces había despertado en mí una contradicción de sentimientos: «**A quien te hiere en una mejilla, preséntale la otra**». Un lobo me ha enseñado: debes ofrecer la otra mejilla a tu enemigo no para que vuelva a herir, sino para hacer imposible que pueda continuar haciendo daño.» (K. Lorenz, Hablaba con las bestias, los peces y los pájaros).*

Bernardo Beny